

que en Europa hayan podido creer, por esos epítetos, que el sentimiento del amor á la patria no tiene los grados de fuerza que en sus respectivas naciones, se han engañado. Los mejicanos, sin excepcion de partido, justo es decirlo, y no me cansaré de repetirlo porque conozco perfectamente á los hijos de aquel hermoso suelo, no ceden en patriotismo á la nacion que mas se distinga en el mundo por ese sentimiento. Los generales Parrodi, Ampudia, Mendoza, Aramberri y otro distinguidos jefes del partido liberal, jamás se hubieran sometido á la intervencion, ni nunca D. Manuel Doblado y D. Jesús Gonzalez Ortega hubieran solicitado que D. Benito Juarez abdicase la presidencia para entrar ellos en negociaciones con aquella, si la hubieran juzgado aun con miras de conquista. En España no fueron menos patriotas los liberales en la lucha entre isabelinos y carlistas que terminó con el convenio de Vergara, porque en apoyo de los primeros hubiese enviado la Inglaterra un ejército, y otro la Francia.

1864. Nadie podia dudar de las ideas verdaderamente republicanas de la mayor parte de los empleados civiles y militares que se habian presentado á las autoridades imperialistas ofreciendo respetar el nuevo orden de cosas, y en su presentacion, el público solo veia el sacrificio de sus oposiciones políticas en pro de la paz que se esperaba del establecimiento del imperio. Entre la elevada cifra de individuos que se presentaron en Marzo, no inferior á la que dejo indicada correspondiente al mes de Febrero, se encontraban personas de las mas notables del partido liberal. Era una de ellas D. José Higinio Nuñez, el ministro de hacienda que mas habia acosado á los pro-

pietarios y capitalistas con préstamos forzosos para proporcionar recursos á D. Benito Juarez; un diputado de los que con mas energia se habia expresado contra la intervencion; el oficial mayor de Justicia; el abogado Don Anastasio Zerecero, hombre de ideas fijas y no menos celoso de la independencia de su patria que los anteriores, y otros igualmente de firmes convicciones republicanas, que, sin renunciar á éstas, se propusieron respetar la opinion emitida por los pueblos en sus actas de adhesion al imperio, puesto que se creia que del nuevo orden de cosas resultaria la terminacion de las continuas revueltas que habian arruinado el país, y la marcha próspera de la sociedad. Tambien se presentó el jefe D. Manuel Diaz Miron, que se habia distinguido por su denuedo y actividad en luchar hasta entonces contra la intervencion en el Estado de Veracruz, haciendo lo mismo el 8 de Marzo el jefe de guerrilla D. Matías Eslava, verificando igual cosa el 24 del expresado mes, el teniente coronel D. Manuel María Luyando con dos escuadrones de caballería, en union de los jefes y oficiales correspondientes á ellos, (1) y haciendo lo mismo el general D. Pascual Miranda que se presentó con sus ayudantes á la autoridad imperialista de Morelia el 31 del referido Marzo.

1864. En medio de la actividad que se notaba en los militares imperialistas de elevados grados en la campaña del interior, casi se veia obligado á permanecer en la inaccion uno de los generales mas infati-

(1) La presentacion oficial se encuentra en *El Cronista de Méjico*, perteneciente al dia 2 de Abril de 1864.

gables y valientes que se habia distinguido siempre por esas dos cualidades en el ejército conservador. El general á que me refiero era D. Miguel Miramon. Cuando ansioso de combatir por el imperio salió por orden de Bazaine á organizar una division y llegó á reunir una fuerza respetable con que se lisonjeaba alcanzar algunos triunfos, se vió precisado á decir á los soldados que se habian presentado voluntariamente á servir en sus filas, que se fueran á sus casas, obedeciendo una orden de Bazaine, siguiendo su marcha hácia Guadalajara, á donde entró con una corta division de dos mil hombres. Recibido por los habitantes de la ciudad con las mas señaladas muestras de simpatía, trató entonces, lo mismo que su segundo el general Taboada, de aumentar su fuerza; pero se le ordenó que no lo hiciera, y además recibió una comunicacion del general Bazaine en que le decia que se pusiera con sus tropas á las órdenes del coronel que mandaba aquella ciudad, capital del Estado de Jalisco. Esta disposicion de subalternarle á un jefe francés de inferior graduacion, la juzgó, como era realmente, ofensiva á su dignidad; y lleno de indignacion, renunció inmediatamente el mando de la division. De la misma manera procedió su segundo el general Taboada, á quien se le dejaba el mando de las tropas mejicanas bajo las mismas condiciones, que las juzgó inaceptables. El general D. Miguel Miramon, disgustado de la disposicion del general en jefe Bazaine, salió inmediatamente de Guadalajara con varios oficiales de su division, y llegó á Méjico á mediados del mes de Marzo, no dudando que cuando llegase al país Maximiliano, los asuntos tomarian una marcha conveniente.

Lo dispuesto por el general Bazaine en las órdenes dadas al general Miramon, estaba en completa pugna con lo que en su despacho de 17 de Agosto de 1863 le habia recomendado Mr. Drouyn de Lhuys, ministro de negocios extranjeros, esto es, que «la reorganizacion del ejército, siendo una de las cuestiones mas importantes, se llevase adelante con toda la actividad posible,» y con la carta que el 3 de Julio de 1862 escribió Napoleon al general Forey, en que le decia, que evitase todo lo que pudiese herir á los mejicanos, «porque era preciso no olvidar la altivez de su carácter.» El general en jefe Bazaine, impidiendo á Miramon el aumento de la fuerza que tenia, y queriendo ponerle á las órdenes del coronel francés que mandaba la plaza de Guadalajara, faltaba á las dos disposiciones de su emperador. Con esta conducta parecia que Bazaine se habia propuesto alejar del ejército mejicano á los jefes de mas prestigio, sin que nadie pudiese comprender la causa que le inducia á ello, aunque manifestaba mucho aprecio á los generales D. Leonardo Márquez y D. Tomás Mejía que figuraban, como Miramon, en primera línea.

1864.

Febrero.

Mientras la causa del imperio era aceptada por los pueblos que expresaban su opinion en las actas que enviaban á la Regencia, el doctor D. Francisco Javier Miranda, que era uno de los individuos que mas habian trabajado por hacer agradable la idea del imperio con un príncipe católico que mantuviese en todo su esplendor la religion que profesaba el país entero, se hallaba en Méjico gravemente enfermo. Aliviado en Puebla de la enfermedad que le atacó al llegar de Europa, pasó á la capital á donde llegó el dia 2 de Febrero, donde volvió

á recaer á poco de hallarse en ella. Nunca se ha manifestado de una manera mas sincera y tierna el afecto de la sociedad mas distinguida hácia un individuo, como se manifestó en esos momentos hácia el doctor D. Francisco Javier Miranda, en que todos temian por su vida. La prensa entera, para calmar la ansiedad del público, manifestaba todos los dias el estado que guardaba su salud, lo que revela el alto aprecio que se habia sabido conquistar en la poblacion católica con sus escritos en defensa de las doctrinas de la Iglesia y con las excelentes cualidades que le distinguian. (1) El dia 12, tomando creces la gravedad

(1) Juzgo como un deber sagrado de conciencia y como justa obligacion de escritor amante de la verdad, hacer una rectificacion respecto del doctor Don Francisco Javier Miranda. Por un error involuntario; por haber dado crédito á un escrito que juzgué brotado de una pluma imparcial, dije en el tomo XIV, páginas 194 y 195, refiriéndome á los hechos de 1856 en que se agitaba la cuestion religiosa entre el partido liberal exaltado y el conservador, que, aunque el clero no se mezclaba en asonadas ni revueltas, como le acusaban los que trataban de desprestigiarle, no por esto dejaba de haber algunos sacerdotes inquietos, cuyo carácter era mas á propósito para las intrigas políticas que para el retiro del claustro, y que «entre esos eclesiásticos inquietos que no podian ver con indiferencia los decretos que el gobierno daba respecto de lo que concernia á la Iglesia, se encontraba el sacerdote D. Francisco Javier Miranda.» Añadí á esto, que aunque aquel infatigable adversario del gobierno emanado del plan de Ayutla, permanecia oculto en la capital, mudando de domicilio á cada instante y valiéndose de diversos disfraces, «no por esto dejaba de presentarse de vez en cuando en Puebla, Guanajuato, Querétaro, San Luis y otras capitales de los Estados para mover los resortes de la revolucion;» que era «sensible ciertamente que un eclesiástico, y eclesiástico por otra parte muy recomendable, se mezclase en la política, promoviendo revoluciones;» y, por último, que «el clero tenia gran pesar de ello.»

La calificacion de inquieto y revolucionario que aparece en los párrafos que dejo copiados, fué nacida, repito, de un error que sufrí al dar crédito á lo escrito en un libro por persona que juzgué sincera; pero que, desgraciadamen-

del mal, tuvieron en su casa una junta los médicos Cárpio, Vertiz y Muñoz. La enfermedad pareció empezar á ceder; pero el alivio fué instantáneo, y pronto tomó un aspecto de gravedad, altamente alarmante. El interés que

te, escribiendo por encargo de los que entonces estaban en el poder, adulteró algunas veces los hechos. Debe, pues, tenerse por no dicho, en ese punto, lo que referí en las espesadas páginas 194 y 195 del tomo XIV de esta obra. Documentos irreprochables que tengo á la vista y que se me habian extraviado, me imponen el imprescindible deber de manifestar que sufrí un error. El doctor D. Francisco Javier Miranda trabajó, es cierto, con infatigable empeño, por el triunfo de las ideas religiosas; pero fué por medio de sus escritos dados á la prensa, defendiéndolas de los ataques que escritores de opiniones contrarias presentaban diariamente. «De dos maneras puede el ciudadano influir en la política:» decia el expresado doctor D. Francisco Javier Miranda en un cuaderno que con el título de *Exposicion Pública*, publicó en Nueva-Orleans en 1856, defendiéndose de las injustas acusaciones que se le hacian: «por medio de la persuasion, y por medio de la fuerza. El senador que expone sus doctrinas en la tribuna, el escritor que las defiende en sus escritos, el elector que las expresa cabe la urna electoral, proceden por los medios de la persuasion: el revolucionario que toma las armas para derrocar un gobierno ó un órden de cosas establecido, procede por medio de la fuerza. El primero de estos dos medios va de acuerdo con las leyes, es legítimo, y, por lo mismo, no lleva consigo ninguna responsabilidad: el segundo las viola, y por eso importa un crimen, de que es responsable quien lo comete. Pues bien; yo afirmo, sin temor de que nadie me contradiga, que el primero de estos dos medios es el que yo he empleado y es el que han empleado siempre en nuestro país, aquellos eclesiásticos que han creído de su deber trabajar en el campo de la política en favor del catolicismo.»

Tengo una verdadera satisfaccion en rectificar lo que dije en las páginas ya mencionadas 194 y 195 del tomo XIV, manifestando que nada prueba de una manera mas clara, que el clero jamás le consideró revolucionario, sino defensor de las ideas católicas en el terreno lícito á que tiene derecho todo ciudadano, que el voto de gracias que le dieron en 1858 los señores Gobernador de la Mitra, Provisor, preladados de las comunidades religiosas, varios individuos del clero y particulares de la ciudad de Puebla; voto de gracias que dí ya á conocer, y que el lector lo encontrará en el Apéndice del tomo XVI, de esta obra, bajo el n.º 5.

por su salud tomaba una parte considerable del público, lo consignaba la prensa de la capital. *El Cronista de Méjico* de 16 de Febrero decia: «En medio de las frecuentes »alternativas de la enfermedad, cábenos el consuelo de »saber y observar, que la piedad cristiana de varias cor- »poraciones religiosas y de innumerables familias, elevan »fervientes y constantes votos al Todopoderoso, por la sa- »lud del mejicano extraordinario en su celo por el engran- »decimiento de la patria y el predominio de »la religion católica. El padre Miranda se ha »hecho acreedor á extraordinarias demostraciones de gra- »titud. ¡Dios le dé la salud!»

Pocas personas, con efecto, habian alcanzado al grado que el doctor D. Francisco Javier Miranda, interesar al público en el alivio de su enfermedad. El aprecio que la poblacion católica le consagraba por el celo con que en sus escritos habia defendido sus creencias religiosas, se acabó de patentizar en el solemne acto en que se le administraron los Santos Sacramentos, á las siete de la noche del 16. Estos le fueron administrados por el obispo de Oajaca D. José María Covarrubias, á quien acompañaron los curas del Sagrario metropolitano, rodeados al pálio, bajo el cual llevaba al Santísimo desde la iglesia hasta la casa núm. 3 de la calle de Jesús María donde el enfermo vivia. Rodeaban el lecho en que el doctor D. Francisco Javier Miranda iba á recibir el sagrado Viático, once obispos. La emocion del humilde sacerdote por esta circunstancia de distincion fué tan viva, que para serenar al enfermo tuvo que tomar la palabra el respetable arzobispo de Guadalajara señor Espinosa, diciéndole «que no debia llamar su atencion aque-

»lla extraordinaria concurrencia de prelados, pues signifi- »caba el voto de gracias de sus iglesias al esforzado defen- »sor de la causa de Dios.» (1)

La solemnidad con que se celebró el acto religioso desde la salida del sagrado Viático del Sagrario metropolitano hasta la casa en que se hallaba el paciente, la describieron el 19 de Febrero los redactores de *El Cronista de Méjico* con minuciosidad y exactitud. «El espectáculo que »hemos presenciado,» decian, «ha superado á nuestra pre- »vision: personas que han vivido ya muchos años, nos »aseguran que el acto de que hablamos ha sido el mas so- »lemne que han visto en Méjico, entre otros motivos, por »lo distinguido de las personas que asistieron.

»Desde que se anunció que nuestro apreciable doctor de- »bia recibir el Sagrado Viático en la tarde, se observó bas- »tante animacion piadosa en la parte de la ciudad por don- »de se creyó que pasaria su Divina Majestad: las calles »fueron aseadas con esmero; los balcones, desde muy tem- »prano, fueron adornados cuidadosamente con cortinas, y »esto no solo por las calles donde pasó la procesion, sino »por otras mas distantes del mismo rumbo; los artesanos y »demas habitantes que ocupan las accesorias, parecian com- »petir en el empeño de componer, no solo sus puertas, sino »el pavimento de las calles, afanándose en dibujar en él »alfombras de flores, con yerbas aromáticas y aserrin, para »que pasara el Señor del mundo.

(1) Son tomadas estas palabras dichas por el prelado, de una carta manuscrita del instruido abogado D. Manuel García Aguirre, escrita á un individuo refiriéndole ese hecho.

»Mas de dos horas antes de la citada para la procesion,
 »innumerables personas de la buena sociedad se veian
 »reunidas, tanto dentro del templo, como en una gran ex-
 »tension fuera de él, y parte del paseo de las Cadenas: en
 »el momento de repartir las luces, no obstante que fueron
 »mas de trescientos hachas las que se repartieron y mul-
 »titud de personas que llevaron consigo sus velas, que-

1864. »daron mas de mil personas sin alumbrar,
 Febrero. »á pesar de su solicitud; habiéndose confor-
 »mado con acompañar al Santísimo por las aceras, donde
 »con dificultad se podia andar.

»La procesion, solo de las luces, ocupaba dos cuadras,
 »no pudiendo marchar sino lentamente, á causa del con-
 »curso de la comitiva. Tras del pálio iba una lujosa carroza,
 »tirada por dos troncos de hermosos frisonos regidos por
 »los Sres. Carmona y Valle, personas muy principales
 »que quisieron tener ese honor.»

Los redactores del periódico referido seguian diciendo que en la casa donde habitaba el enfermo, la procesion fué recibida por el arzobispo de Méjico D. Pelagio Antonio de Labastida, acompañado con el arzobispo Espinosa y los obispos Barajas, Ramirez, Gárate, Ormaechea y Guerra, á la vez que de los canónigos de la catedral y colegiata de Guadalupe y de otros muchos eclesiásticos, así como de otras personas muy distinguidas. La comitiva iba dirigida por los Sres. Rodriguez de San Miguel, Andrade y Escalante, siendo uno de los que marchaban en la procesion el secretario del ministro de Francia, marqués de Montholon, habiendo manifestado éste que tenia el mayor gusto en asistir por medio de su secretario, á los

Santos Sacramentos de un hombre que se habia distin-
 guido dignamente por su celo en hacer brillar las ex-
 celentes doctrinas del catolicismo. En la comitiva iban
 igualmente, varios individuos del Consejo de gobierno,
 de la magistratura, tribunales, prefecturas política y mu-
 nicipal, y empleados de todas categorías, con los alumnos
 de los colegios. «Buscando nosotros el resorte dominante
 »del espectáculo que acabamos de bosquejar,» añadian los
 »redactores de *El Cronista de Méjico*, «nos cabe la honda
 »y dulce satisfaccion de que no fué la armonía de alguna
 »música presente que reúne en su torno al comun del
 »vulgo con cualquier objeto; no la vanidad que arrastra
 »al mayor número á lugares públicos donde complacerse
 »con la ostentacion frívola; no plan alguno de interés
 »combinado de antemano por los concurrentes, ni menos
 »el resorte ó influencia directa ó indirecta de la autoridad
 »de alguna escala; ha sido, sí, un resorte muy elevado y
 »poderoso, el resorte que está destinado por Dios á reunir
 »y poner de acuerdo, mas ó menos tarde, á todos los hom-
 »bres, por mas separados que parezcan por los tiempos y
 »los lugares, por las creencias y las opiniones, por las
 »edades y condiciones; es, repetimos, el sentimiento re-
 »ligioso y de gratitud, es la influencia de la antorcha de
 »la inteligencia, es el catolicismo en uno de sus pequeños
 »triumfos!»

1864. El enfermo empezó desde el siguiente dia
 Marzo. de haber recibido el sagrado Viático, á estar
 mas aliviado, hasta el grado de poder salir á la calle.
 Creyendo entonces que ya se hallaba en estado de poder
 entregarse á las activas ocupaciones de su ministerio,

pues era cura del Sagrario de Puebla y formaba parte del cabildo eclesiástico, marchó á la expresada ciudad, aprovechando el alivio temporal; pero á los pocos dias de haber llegado á Puebla, la enfermedad volvió á cobrar mayor fuerza, y á las tres de la mañana del dia 7 de Marzo, falleció víctima de la disenteria de que habia estado padeciendo desde que volvió de Europa. Su muerte fué muy sentida por la sociedad católica, y los periódicos conservadores, al anunciar su fallecimiento, presentaron de luto sus columnas. El doctor D. Francisco Javier Miranda reunia al saber la modestia. Su vasta instruccion era reconocida por todos los que leyeron sus escritos, y los redactores de *L' Estafette*, no obstante ser poco aficionados á elogiar á los sacerdotes católicos, dijeron, al dar noticia de la muerte del doctor Miranda, «que era citado entre los espíritus mas ilustrados del clero mejicano,» y «escritor conciso y enérgico.» En el senado español, el senador D. Joaquin Francisco Pacheco le citó en 1861 entre los hombres de vasta capacidad que contaba Méjico; y los redactores de *La Esperanza*, periódico de Madrid, dijeron al dar noticia de su fallecimiento, que «habia sufrido Méjico una pérdida de mucha consideracion en el ilustre padre Miranda, mejicano de verdadero y profundo saber, ardiente católico y político consumado.»

La suerte de las armas habia seguido entre tanto manifestándose contraria á las tropas republicanas. El jefe juarista D. Antonio Rojas habia sufrido un descalabro en los primeros dias del mes de Marzo, en el punto llamado San Antonio. Atacado por una fuerza imperialista al mando del coronel Garnier, y despues de combatir con el

valor que le distinguia, se vió precisado á retirarse, teniendo cuarenta muertos, casi igual número de heridos, y mas de cincuenta prisioneros. En Amolac fué igualmente derrotada el 27 de Marzo, por el vecindario, la fuerza del guerrillero D. Ignacio Rodriguez, conocido con el nombre de *El Mosco*, quedando muerto éste en el ataque: el 21 del mismo mes sufrió un descalabro cerca de Cuisillo, el jefe de guerrilleros D. Simon Gutierrez, en que los imperialistas les causaron cien muertos, muchos heridos, quitándoles además doscientos caballos y un obús de montaña: el 25 el jefe republicano D. José María Chavez, que habia sido gobernador de Aguascalientes en la administracion de Don Benito Juarez, el jefe de guerrilla D. Benito Cabra, y otros que acaudillaban ligeras partidas, atacaron la hacienda de Mal Paso, cuyos habitantes, temiendo que se les exigiese granos, animales y dinero para la fuerza que llevaban, se propusieron defenderse. El ataque fué vigoroso, pero la resistencia fué tenaz, pues hallándose la hacienda á siete leguas de Zacatecas, los que la habitaban tenian confianza en que pronto serian auxiliados por tropas de la guarnicion. Viendo los asaltantes la decision de los defensores, se retiraron; pero desgraciadamente antes de verificarlo, parte de los soldados de las guerrillas, gente sin disciplina, se derramaron por los alrededores de la hacienda, y cometieron actos verdaderamente reprobables, de que D. José María Chavez no tuvo noticia sino despues de haber sido cometidos, y que no podia castigar porque se habrian rebelado contra él. Durante las seis horas que duró el ataque, una fuerza franco-mejicana salió de Zacatecas, á toda prisa, en auxilio de los habitantes de la